# La Gran Guerra en Oriente Próximo y norte de África

## Entender los cambios políticos, económicos y demográficos desencadenados por la guerra es crucial para poder interpretar la historia de la región.

**Mustafa Aksakal**

Los investigadores de Oriente Próximo y el norte de África conocen de sobra los cambios trascendentales desencadenados por los acontecimientos de la Primera Guerra mundial. Cuando se considera la cantidad de Estados nuevos y movimientos políticos que surgieron en el periodo que siguió a la guerra, parece justo describir el proceso, en palabras de James Gelvin, como "el acontecimiento político más importante de la historia del Oriente Próximo moderno". No cabe duda de que la Primera Guerra mundial modeló las sociedades y las políticas de la región durante muchos años. Sin embargo, ha quedado demostrado que ha bastado apenas un siglo para alcanzar un acuerdo acerca de qué fue lo que ocurrió durante la guerra. En consecuencia, el proceso de hacer la historia del conflicto asumiendo su herencia ha quedado incompleto. Tal vez no debería extrañar que, desde los planes de estudio de la escuela a la universidad, y desde la cultura popular al ámbito de la memoria pública, la historia del "acontecimiento político más importante" haya seguido estando extremadamente politizada. Por supuesto, la historia y la interpretación histórica siempre son objeto de controversia, y no hay muchas razones para pensar que los relatos de la Primera Guerra mundial en Oriente Próximo y el Norte de África son buenos candidatos a dejar de serlo en un futuro próximo.

Aunque no haya sido difícil convencer a los investigadores de Oriente Próximo del papel central desempeñado por la guerra, solo últimamente se ha empezado a valorar el conflicto en profundidad. La oleada de nuevos trabajos no es producto de la conmemoración de su centenario, sino más bien de las nuevas preguntas que los historiadores han estado dispuestos a indagar ahora que, gracias a las nuevas fuentes y archivos, y a los nuevos vientos políticos, tienen las condiciones para hacerlo. Las recientes investigaciones sobre las políticas de los Estados, la vida civil, las minorías étnicas y religiosas, los soldados, los niños, la agricultura y el medio ambiente, así como las artes y la literatura, unidas a la memoria de la guerra, tendrán muchas cosas nuevas que contarnos acerca de la formación del moderno Oriente Próximo. Hasta ahora dichos estudios se han centrado principalmente en el Oriente Próximo y el Egipto otomanos, mientras que se han publicado pocos trabajos sobre el Magreb, Irán, Afganistán y Asia Central.

La guerra de 1914-1918 fue diferente de los conflictos geográficamente limitados del imperio Otomano en Tripolitania (Libia) en 1911 y en los Balcanes en 1912-1913, y de todas sus guerras modernas desde el siglo XVIII. La Primera Guerra mundial afectó a todas las regiones del imperio y a la totalidad de su población civil, desde el mar Negro hasta el mar Rojo. A lo largo de cuatro años, el Estado reclutó a un número cada vez mayor de hombres para el ejército y los batallones de trabajo. Mientras la maquinaria militar del Estado devoraba a una generación de hombres y adolescentes, la retaguardia también se convirtió en un campo de batalla en el que hombres, mujeres y niños luchaban contra el hambre, las langostas, las enfermedades y las políticas de recaudación del Estado. Desde el principio del conflicto, el Estado tuvo que hacer grandes esfuerzos para proporcionar a sus tropas alimento, ropa y equipamiento, dadas las graves dificultades de transporte y logística y la escasez de carbón, para que siguiesen avanzando. Un cálculo reciente establece el número de muertes militares y civiles en Egipto, Irán y el imperio Otomano durante el periodo 1914-1923 en aproximadamente cinco millones. De una población total de 21 millones en territorio otomano, se movilizó a unos tres millones. De ellos, más de 770.000 reclutas murieron en combate y por enfermedad, medio millón desertó, y unos 250.000 fueron capturados y hechos prisioneros. Si bien estas cifras son útiles para darnos una idea de la magnitud del impacto de la guerra, también suelen tener el efecto de insensibilizarnos ante los horrores que pretenden describir. Nuevas investigaciones pueden ayudarnos a ir más allá de los números y las etiquetas y avanzar hacia una comprensión más completa de la guerra y de sus múltiples herencias.

El clima emocional del imperio Otomano en vísperas de la conflagración desempeñó un papel decisivo no solo en el proceso de decisión de entrar en guerra que tuvo lugar entre agosto y noviembre de 1914, sino también en las vías y los métodos de esta. En Estambul y Anatolia, donde se había asentado la mayoría de los refugia-

**Mustafa Aksakal** es profesor de Historia, Georgetown University.

**Faisal, hijo de Hussein de la Meca, en la conferencia de paz de Versalles de 1919. Detrás de él (izquierda a derecha), su secretario particular Rustem Haidar, el general de brigada Nuri Said, de Bagdad, el capitán Pisani de Francia, el Coronel T.E. Lawrence de Arabia, y Hassan Kadri.** /CORBIS

dos otomanos de los Balcanes, el Cáucaso y Crimea, la percepción predominante del imperio era la de que un Estado, un pueblo y una fe estaban siendo atacados; impresión que era alimentada por un esfuerzo coordinado por parte de las asociaciones y publicaciones tanto estatales como no estatales. Estos organismos recogían y divulgaban información referente a las atrocidades cometidas por los cristianos y las potencias cristianas contra los musulmanes otomanos. Las noticias aparecieron casi inmediatamente a continuación de la Revolución de los Jóvenes Turcos de 1908 y la derogación de las leyes de censura hamidianas, y se multiplicaron con las guerras de 1911 y 1923-1913. La imagen del imperio Otomano como una simple víctima del imperialismo occidental europeo, sin una reflexión seria sobre su propia política, prevaleció a lo largo de todo el siglo XX.

En los territorios árabes del imperio, en Siria, medio millón de civiles (una de cada ocho personas), murieron de hambre durante la guerra. Los factores que confluyeron para desencadenar la hambruna son bien conocidos. La política de confiscación de grano y de reclutamiento de hombres en edad de trabajar por parte del Estado otomano, el bloqueo naval anglofrancés de la costa siria, la destrucción a gran escala de la superficie agrícola por las langostas, el acaparamiento de las reservas de grano disponibles y la especulación con ellas por parte de los comerciantes, y la economía de producción de seda en vez de alimentos de la cordillera del Líbano, todo contribuyó a producir el desastre. No obstante, todavía sabemos muy poco de cada uno de estos factores, y menos aún de cómo actuaron recíprocamente para configurar el proceso en conjunto.

El hambre forjó las identidades nacionales sobre todo en Líbano, donde la hambruna de la guerra se ha rememorado con intensa angustia en libros de memorias, en la literatura y en el cine. Si bien la investigación de la carestía en Siria atrae actualmente a estudiosos de Oriente Próximo, apenas ha tenido repercusión en la histo-

riografía internacional sobre la guerra, más allá de los especialistas. Para los investigadores interesados en difundir por el mundo nuestra visión de la Primera Guerra mundial, un paso importante podría ser comparar los bloqueos navales de Alemania y Siria y su respectivo impacto. En los imperios alemán y austrohúngaro, la malnutrición y el hambre también se llevaron cientos de miles de vidas y amenazaron la estabilidad imperial. En junio de 1916, el jerife Husein de La Meca se separó del imperio Otomano y cerró un acuerdo con Gran Bretaña en lo que se conoce como la Gran Revuelta Árabe, famosa por la película *Lawrence de Arabia*. Si bien no fueron la única causa de la conducta de Husein, la hambruna imperante y la incapacidad de Estambul para abastecer de alimentos a los territorios árabes desempeñaron un papel de primer orden. Aprisionado entre los británicos de Egipto y los de Basora, después de 1916 Husein no podía esperar mucho de Estambul. El hambre se convirtió en parte de la vida en todo el imperio; en Arabia y en Siria, pero también en Egipto y en Anatolia occidental y, por supuesto, en Anatolia oriental. La deportación de armenios a Siria significó, de hecho, la deportación de una población vulnerable a una región ya falta de alimentos. La zona del imperio que seguía produciéndolos en cantidades significativas era la provincia de Aydin, en Anatolia occidental, pero desde allí no era posible distribuirlos a todos los territorios, ni por tierra ni por mar.

Es sorprendente que, después de las guerras del Líbano y de los Balcanes, el ejército Otomano fuese capaz de combatir cuatro largos años durante la Primera Guerra mundial hasta que firmó el armisticio el 30 de octubre de 1918. A este siguió la ocupación aliada de Estambul, la capital otomana, y el reagrupamiento del derrotado ejército en Anatolia bajo el mando de Mustafá Kemal, el héroe de Galípoli. Las fuerzas de la resistencia anatólica lograron derrotar a los ejércitos griego y franco-armenio y anular el Tratado de Sèvres de 1920, abriendo el camino para el Tratado de Lausana y el establecimiento de la República Turca en octubre de 1923. En los territorios árabes del imperio Otomano, en los que Francia e Inglaterra estaban implantando un dominio colonial bajo los auspicios de la recién creada Sociedad de Naciones, surgió un movimiento a favor de la independencia relacionado con el anterior, pero mucho más débil. En julio de 1919 el Congreso General Sirio adoptó una serie de resoluciones que proclamaban su derecho a la independencia política. El congreso rechazó cualquier referencia al control francés sobre Siria, que se uniría a Palestina, pero accedió a que Estados Unidos interviniese si era necesario.

En todo caso, el orden posbélico en Oriente Próximo no se construyó de la nada, sino sobre los cambios políticos, económicos y demográficos a largo plazo desencadenados por la guerra. Entender esos cambios será crucial para cualquier interpretación de la historia de la región hasta nuestros días. ■

## Resoluciones del Consejo General Sirio (02-07-1919)

Nosotros, los abajo firmantes, miembros del Consejo General Sirio reunido en Damasco el 2 de julio de 1919 y compuesto por delegaciones de las tres zonas, a saber, la sur, la oriental y la occidental, y provistos de las credenciales pertinentes que nos autorizan para representar a musulmanes, cristianos y judíos habitantes de nuestros respectivos distritos, hemos resuelto presentar las siguientes resoluciones para definir las aspiraciones del pueblo que nos ha elegido como representantes ante la sección americana de la Comisión Interaliada. Con excepción de la cláusula quinta, que fue aprobada por una mayoría amplia, las resoluciones que siguen fueron aprobadas por unanimidad.

1- Deseamos una completa y absoluta independencia política para Siria (…).

2- Deseamos que el gobierno de Siria sea una monarquía constitucional basada en los principios del gobierno democrático y ampliamente descentralizado que deberá salvaguardar los derechos de las minorías, y que Amir Faisal, quien se ha esforzado tan notablemente por nuestra liberación y ha gozado de nuestra plena confianza, sea nuestro rey.

3- Teniendo en cuenta que los habitantes árabes de Siria no están menos capacitados ni son menos competentes que los de otras naciones (como búlgaros, serbios, griegos y rumanos) en el momento de acceder a la independencia, protestamos contra el artículo XXII del Pacto de la Sociedad de Naciones que nos relega a la categoría de razas insuficientemente desarrolladas que requieren de la tutela de un poder mandatario.

4- Si, por cualquier razón que no nos fuera desvelada, la Conferencia de Paz ignorase esta legítima protesta, consideraremos que el mandato mencionado en el Pacto de la Sociedad de Naciones no implica nada más que la prestación de ayuda en los campos económico y técnico sin perjuicio de nuestra absoluta independencia. Confiamos en la declaración del presidente Wilson de que el objetivo de entrar en esta guerra era acabar con los planes codiciosos con fines imperialistas. En nuestro deseo de que nuestro país no se convierta en campo para la colonización, y con la convicción de que la nación americana está desprovista de ambiciones coloniales y no tiene designios políticos para nuestro país, resolvemos pedir asistencia en los ámbitos técnico y económico a los Estados Unidos de América entendiendo que dicha asistencia no deberá exceder los 20 años.

5- En caso de que Estados Unidos se viese incapaz de acceder a nuestra petición… pediríamos [asistencia] a Gran Bretaña, siempre a condición de que no se le permita alterar la unidad y la independencia absoluta de nuestro país y de que la duración no exceda el período mencionado en la cláusula precedente.

6- No reconocemos al gobierno francés ningún derecho sobre ninguna parte de Siria y rechazamos todas las propuestas de que Francia nos preste cualquier tipo de asistencia (…).

7- Rechazamos las reclamaciones de los sionistas para el establecimiento de una mancomunidad judía en esa parte del suroeste de Siria que es conocida como Palestina y nos oponemos a la inmigración judía a cualquier parte del país. No reconocemos que tengan ningún derecho, y consideramos sus reclamaciones como graves amenazas a nuestra vida nacional, política y económica. Nuestros conciudadanos judíos continuarán disfrutando de los derechos y asumiendo las responsabilidades que compartimos entre todos.

8- Deseamos que no haya un desmembramiento de Siria ni una separación de Palestina o de la región costera en el oeste o Líbano de la madre patria (…)

9- (…)

10- Los principios básicos proclamados por el presidente Wilson en condena de los tratados secretos nos motivan a emprender una protesta enérgica contra cualquier acuerdo que prevea el desmembramiento de Siria…

Los nobles principios proclamados por el presidente Wilson nos animan a creer que la consideración que determine nuestro propio futuro serán los deseos reales de nuestro pueblo; y que nos dirigiremos al presidente Wilson y a la liberal nación americana, conocidos por su simpatía sincera y generosa con las aspiraciones de las naciones débiles, para pedirles la ayuda que necesitamos para colmar nuestras esperanzas (… )

Fuente: J. C. Hurewitz, *Middle East and North Africa in World Politics. A Documentary Record* (New Haven: Yale University Press, 1979), 180-182. (Versión original editada por Mara Lazda)